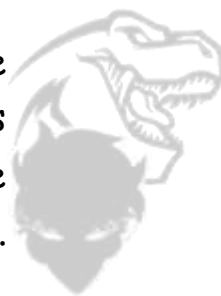


Capítulo 126 - Un mes de anhelo

En el momento en que la puerta se cerró detrás de Yu Xiang, la fachada imperial cuidadosamente mantenida se derritió por completo.

Las manos de Tianlong encontraron su camino bajo la suave túnica verde de Mei, sus dedos callosos buscaron el calor familiar de su piel mientras ella se acomodaba más completamente en su regazo.

—Esposo, no deberíamos... ¡no aquí en tu... ahh! —La protesta de Mei se disolvió en un gemido entrecortado cuando sus dedos encontraron su pecho, con el pulgar rodeando su pezón a través de la fina seda de su prenda interior antes de pellizcarlo suavemente.



La sensación envió chispas de placer a través de su curvilínea figura, su espalda se arqueó instintivamente mientras sus vides comenzaron a retorcerse inquietas alrededor de los bordes de la habitación, respondiendo a sus intensas emociones.

—Esposo, para —jadeó, sus ojos oscuros parpadeando mientras oleadas de sensaciones la recorrían—. Me siento extraña...

Sus ojos dorados se encontraron con los de ella, notando el rubor que se extendía por sus mejillas, la forma en que sus labios se



habían entreabierto al acelerarse su respiración. "¿Y por qué, mi dulce esposa?"

La mirada de Mei se posó en sus labios, abriendo la boca mientras jadeaba suavemente. La honestidad de sus siguientes palabras le oprimió el pecho con una mezcla de culpa y deseo.

"Ha pasado un mes desde que me tocaste", susurró ella, su voz tenía una nota de anhelo desesperado que lo atravesó como una espada.

Un mes. Un mes entero desde que había tenido intimidad con alguna de sus esposas, tan absorto en establecer su nuevo imperio que había descuidado los cimientos mismos de su poder y, más importante aún, a las mujeres que amaba.



Yue y Feng habían estado ocupados cumpliendo sus órdenes, visitando las sectas más pequeñas con demostraciones de fuerza que habían traído docenas de nuevos territorios bajo su bandera.

Mientras tanto, Mei había estado ocupada enseñando a su hermano menor Xiao, ayudándolo a avanzar en su cultivo.

Todos ellos trabajando incansablemente para apoyar sus ambiciones, ¿y qué les había dado a cambio?



Distracción. Distancia. El tipo de indiferencia que lo hacía igual que cualquier hombre que usaba su trabajo como excusa para ignorar a sus esposas.

"Mei..." suspiró, su mano quieta contra su pecho, sus dedos hundiéndose en el suave montículo mientras el peso de su negligencia se posaba sobre él.

Ella se inclinó hacia delante, su frente casi tocando la de él, sus ojos llorosos parpadeando hacia él con una vulnerabilidad que hizo que su corazón se encogiera.

¿Podemos hacerlo?

Una suave risita escapó de sus labios a pesar de la gravedad del momento. "¿No eres una perversa, mi querida esposa?"

El tono burlón la hizo bajar la mirada, sus mejillas ardían de vergüenza mientras se mordía el labio inferior.

Se veía adorable así, queriendo algo desesperadamente pero demasiado tímida para preguntar directamente, con lágrimas de frustración acumulándose en sus ojos como rocío de la mañana.

—Lo siento —susurró—. Sé que estás ocupado con cosas importantes, y no debería ser egoísta, pero es que...





La silencio con un toque suave, su mano se deslizó desde su pecho para descansar contra su abdomen.

Incluso a través de la tela de su túnica, podía sentir el sutil cambio en su cuerpo, la ligera redondez que hablaba de una nueva vida creciendo dentro de ella.

Cuatro meses de embarazo, acelerado por el sistema. Aún no había una oleada espectacular, solo una suave curva que le hacía cosquillear la palma de la mano.

"Es una niña", dijo suavemente, mientras su pulgar trazaba círculos sobre el pequeño bulto.

La expresión de Mei se iluminó, y sus manos cubrieron las de él. "Sí, lo sé. Puedo sentirla; el qi de nuestra hija ya es muy fuerte, pero es como la energía de Yue".

"Pfft, parece que sí." Tianlong podía sentir que el bebé tenía una afinidad diferente a la naturaleza, más inclinado hacia el fuego y la tierra, similar a Yue.

"¿Me odias?" preguntó en voz baja.

Sus ojos se encontraron y él pudo ver la confusión en su mirada, la forma en que sus labios se separaron como para protestar.





Ella se inclinó hacia delante, claramente queriendo besarlo, pero él se contuvo lo suficiente para mantener la distancia, haciéndola sentir como una niña tratando de alcanzar algo que estaba fuera de su alcance.

—No —dijo con firmeza, negando con la cabeza—. Aunque me estés tomando el pelo, jamás podría odiarte.

—No me refiero a este momento —dijo, bajando la voz hasta casi convertirse en un susurro, aferrándose a su pecho como si le quitara un peso del pecho—. Me refiero a... ¿Me odias por planear dejar a nuestro hijo en este mundo?

Mei parpadeó, asimilando la importancia de lo que realmente pedía. El reino superior. La ascensión que lo alejaría de todo lo que estaban construyendo aquí, potencialmente para siempre.



—No —repitió, aunque su voz se había vuelto más baja—. Porque sé que tienes que irte. Y si intentara detenerte... —Tragó saliva con dificultad—. Tú también me dejarías, ¿verdad?

Las palabras le hicieron exhalar, en parte porque ella tenía razón.

La historia principal, los personajes principales y las tramas que necesitaba influenciar, todo estaba en el reino superior.



Todo lo que recordaba de la novela estaba centrado allí, lo que significaba que tenía que ascender para mantener cualquier esperanza de mantenerse por delante de la narrativa.

Pero al oírla decirlo con tanta naturalidad, con tanta aceptación silenciosa...

"Sí", admitió; la palabra se sintió como ceniza en su boca.

En el momento en que él confirmó sus temores, las manos de Mei se apretaron en la tela de su túnica.

Ella presionó su cara contra su pecho, su cuerpo temblaba mientras trataba de enterrarse en él como si de alguna manera pudiera disolverse en él.



"Eres un hombre cruel", susurró ella, con la voz amortiguada por su camisa.

"Sabes lo difícil que es entender a las mujeres", respondió, mientras su mano le bombeaba el pecho con firmeza gracias a la suave plenitud de su agarre. "Primero dices que no me odias, ahora dices que soy cruel. Es confuso".

"Mmhnnn... Haah...." Sus enredaderas habían comenzado a envolverlos a ambos como un capullo viviente, respondiendo a su áspera caricia.

"Pero no quiero separarme de ti", dijo ella, con la voz ligeramente quebrada, sus ojos ignorando los de él mientras respiraba, dejándose derretir bajo esa mano áspera.

"¿Entonces?"

"Por eso dejaré al tío de mi bebé aquí para protegerlos".

Tianlong sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios a pesar de la intensidad de la conversación. "¿Entonces vas a dejar a tu hermano aquí?"

Ella asintió contra su pecho, apretándose aún más contra él. "Correría peligro si viniera con nosotros, y no quiero que tengas que cargar con todos nosotros. Ya tienes bastantes cargas".

"Mis esposas no son una carga", rió entre dientes. "Podría llevarlas a las tres, una en cada mano".

Mei se apartó para mirarlo con recelo, entrecerrando los ojos, llenos de lágrimas. "Tienes dos manos. Una sería para Yue y la otra para Feng. ¿Dónde me dejaría eso?"

Su sonrisa se volvió maliciosa, su mano agarró su pecho, el índice y el pulgar pellizcaron cruelmente su pezón.





"¡Ay~!" Ella hizo una mueca antes de escuchar su respuesta.

"Podrías sentarte en mi polla. Tu coño es lo suficientemente fuerte y apretado como para mantenerte en equilibrio".

Badump

Su corazón pareció saltar varios latidos a la vez, y ella bajó la mirada, todo su rostro ardía en carmesí.

"Me estás avergonzando, esposo", susurró, mirando hacia abajo con esa expresión inocente e ingenua que la hacía parecer incluso más joven de lo que era.

Verla, nerviosa, tímida, claramente excitada a pesar de su vergüenza, hizo que algo primitivo se agitara en su pecho.

"Cómeme, Mei", dijo y su voz se redujo a un gruñido ronco.

